

quiera del paseo, un intersticio, entreabierto súbitamente, dejaba ver un bosque de naranjos con sus frutos de oro esparcidos en el lustroso follaje.

El agua de la laguna se estremecía con la marea que por una estrecha entrada llegaba hasta ella. El agua golpeaba contra el ribazo, entre los árboles que aún estaban en pie y sobre los troncos de los caídos, con monotonía rítmica en que se presentía la palpación, algo así como la respiración del Oceano, oculto allá á lo lejos, detrás de la lengua de tierra protectora—Se llama la *Fairy Land*, la Tierra de las Hadas, antiguo recuerdo del país de las brumas, de la Irlanda y la Escocia, de donde tantos colonos vinieron aquí. Sobre esa superficie sucesivamente muerta y viva en reposo y en movimiento, se deslizan ligerísimas *yolas*, con el casco inflado, con velamen desplegado é hinchado por el viento—por un viento cálido, por un hálito de languidez y ardor. En todo lo largo del camino se suceden los cortijos, abriendo sobre la misma selva sus terrazas cubiertas. Aquí, se mecía en una hamaca una señora enferma. Allá, un joven de colores marchitos leía y soñaba. Es evidentemente una naturaleza propia para el sosiego plácido,—naturaleza contra la que no es posible luchar, donde el hombre queda absorto, donde es invadido, arrullado, adormecido. Y al pensar en el riguroso invierno de Boston y de Nueva York, con su hielo y con sus trineos, comprendía lo espacioso de esta tierra que abarca el uno y el otro extremo de los climas. Veía la inmensidad de este continente y me preguntaba de nuevo sí, una vez instalada la conquista,—es esta tan reciente,—dejará el Americano penetrar por esa diversidad de climas, si creará en estos Estados del Sur una civilización más apacible, más en analogía con esta luz y con esta belleza? Y como

una respuesta irónica á mi pregunta, á la vuelta de un camino pasaba un tren vestibulado que corría á todo vapor por entre los árboles, y pendiente del tronco de una palma, iluminado por los fuegos del sol que se ponía, ví un anuncio donde pude leer que el "Tsar" es un veneno mineral de aguas potables!

Sobre el Indian River, 8 de Abril.

Vuelvo á tomar este diario sobre un barco chato de forma singular que baja hasta el puesto militar de Júpiter, desde donde el camino de fierro me llevará hasta Lake Worth.—En la parte inferior es una especie de almadía donde vá y viene un equipaje compuesto en totalidad de negros. De ese fondo arrancan varios pilares que sostienen un puente, y encima de él está una toldilla. En el espacio que queda libre entre el puente y la toldilla está dispuesto un largo comedor. Camarotes pequeñísimos se abren en él, al uno y otro lado. La rueda que mueve lentamente esta embarcación está detrás, hecha á propósito para girar entre estas aguas que son á veces profundísimas y en otros lugares tan poco elevadas que el chato fondo de la almadía se arrastra sin cesar en la arena. Sin duda alguna seré yo uno de los últimos que bajen la laguna de este modo, puesto que va á abrirse al tráfico la vía férrea entre Titusville y Júpiter, de manera que podrá irse desde Nueva York hasta Lake Worth sin cambiar de wagón. El capitán, un americano de los Estados del Sur, encastado de Español y Francés y que tiene la cara espiritual de un habitante de Tarbes ó de Pau y un no sé qué inexplicablemente aristocrático en sus meno-

res ademanes, me mostró los rieles tendidos en la orilla, diciéndome:

—“Cada vez que vea usted un durmiente de vía férrea, diga usted que es la tumba de un *steamboatman*.”

El ferrocarril caminará más de prisa. Ahorrará al viajero el eterno día de ocho ó diez horas perdido en las vueltas del río. No le proporcionará, en cambio, ninguna intimidad.

... Primero una muy ancha superficie de agua; inmediatamente después el embarcadero de Fort Pierce, con la línea de la cinta de tierra, hacia su izquierda, angosta y boscosa, que separa estas aguas del Océano. En ella no se ve huella alguna de cultivo, ni sobre esta parte de la izquierda, ni sobre la de la derecha, hacia donde se extiende la tierra firme, en la que se ve siempre la intensísima vegetación, que es más exuberante á medida que se aleja uno de Rockledge. Mientras más se acercan las orillas, se percibe mejor la inextricable trabazón de las ramas. En todos estos bosque se ierge siempre un árbol, ^{el}dominador, cuyo tronco sirve de corona á raíces que brotan al exterior y que se entrelazan formando un enorme nudo parecido al de las culebras. Diríase que son los tentáculos inmóviles de una medusa monstruosa cuyo cuerpo lo formase el tronco del árbol, y cuyas cincuenta ventosas, fláxidas y flotantes, chupasen el agua ávida é irresistiblemente. A lado de ellas se levantan las palmas, casi todas quemadas y enrojecidas. Las yerbas y las zarzas se enredan formando malezas colosales, del alto de dos hombres, donde los animales más colosos pueden, al parecer, agazaparse. En el momento en que el río se estrecha, comienza á escucharse el imponente rumor del Océano.

Y derrepente aparece éste por encima de la línea de los árboles, inmenso y azul, de un azul de zafiro, de un azul de lápiz-lázuli, con una rastra sobre este intenso azul; de un azur negro, amplísima vena casi purpúrea, tan violeta así es. Es el Goolf Stream, esa corriente misteriosa de agua hirviendo que pasa al través de las frías profundidades del Atlántico. Las oleadas enormes vienen á estrellarse, quebrándose en aristas de blanca espuma, sobre la playa que se distingue desde el puente del barco, tan estrecha y baja es en este lugar la lengua de tierra preservadora. La lengua de tierra se interrumpe, y se ahonda en ese sitio una excavación por la que se precipitan las olas, las que son detenidas inmediatamente por un islote de arena amarilla, donde se sientan millares de gaviotas y de pelícanos. El ruido de la rueda de nuestro barco que se aproxima las hace volar. El torbellino de las alas atónitas alanquea el cieio donde desaparecen con menos rapidez las manchas negras que forman las grandes zancudas. Oigo persistir el grito de las gaviotas, chillido semejante al de un niño enfermo, gemido tan humano que causa daño.

Y á pesar de todo, el capitán se pasea sobre la toldilla, enteramente preocupado con un grande acuario, donde conserva veinte pequeños cocodrilos capturados en los ancones mismos. Los pasajeros que han cambiado sus tarjetas unos con otros, cuentan historias de cacerías más ó menos auténticas, y un gentleman del Norte que viaja con sombrero alto, de copa, y con redingote, nos cuenta su vida de negociante, que para mí es tan típica que no puedo dejarla de anotar aquí. Hasta los cuarenta y cinco años trabajó rudamente. Primero estuvo al frente de una empresa de corchos, luego de una empresa

de jabones. Cuando estuvo en actitud de *out of business*, emprendió la realización del proyecto que acarició durante muchos años, el de dar la vuelta al mundo. Era viudo. Partió con su hija única para el Japón; Allí, encontró á un compatriota suyo, con quien ella casó contra la voluntad paterna. Se separaron. Decepcionado y no queriendo proseguir su camino enteramente solo, entró en Filadelfia, su ciudad natal, y como antes de embarcarse para su largo viaje, había vendido sus muebles, despedido á sus criados y dejado la casa, se instaló en el hotel, donde envejeció más desde esa época,—de esto hace diez años—procurando engañar su soledad con excursiones, con *trips*, como se dice aquí. Consisten estos *trips* en ir, por solo una estacion, á Palestina, por otra nada más, á España. Esta primavera irá hasta la Habana. Pero dar la vuelta al mundo sería lo que quisiera y no cumplirá su deseo á causa de la furiosa cólera que le invade al solo recuerdo del patrimonio de su compañera de viaje.

—“¿Y ha vuelto usted á ver á su hija?” se atrevió á preguntarle uno de los pasajeros.

—“Nunca”—respondió enérgicamente.

... Las diez horas de este apacible trayecto pasan con rapidez entre el encanto de este paisaje y la diversión causada por las originales salidas de ese yankee de pura raza, quien celebra la gloria de cierto club de Filadelfia—el más antiguo club anglo-sajón del mundo, según él asegura, desde la desaparición del *Beafsteak club* de Lóndres. Describe la antigua organización de ese círculo que tiene su gobernador, su lugarteniente gobernador y su sheriff. Las funciones de este último consisten en presentar como su culpable á cualquiera de los miembros que no vacía su copa de viejo madera, y á guisa de multa se vier-

te el vino en las mangas del delincuente. Nuestro compañero nos elogia lo delicioso de cierto alosa asado que se conoce con el nombre de *Plankted Shad* el que se come en la vajilla de plata que tiene las armas de William Penn. Es uno de esos americanos que sostiene y os demuestran que su país está poblado por familias más antiguas que las de Europa. Las enumera y sin culparle por sus ideas, recuerdo la broma de un inglés amigo mío. Al fin de una conversación parecida y como su interlocutor, después de hacer remontar su genealogía hasta uno de los *Pilgrim fathers*, le preguntase:

—“¿Y las tierras de usted dónde están?”

—“Son las más grandes del mundo,” respondió flemáticamente el inglés, “pues contienen las selvas de donde fué cortada la madera con la que se construyó el más vasto de todos de los navíos, un navío en el que cabían tantas gentes como en la más enorme de las flotas.”

—“¿Y cómo se llama?” preguntó el otro.

—“La *Mayflower*.”

Y es cierto, los americanos citan muy á menudo este nombre venerable. Esta exageración no impide que se encuentre sin cesar en este país tan nuevo las huellas de una civilización ya muy antigua y que parece más lejana aún por lo tan abolida que está. La siento cuando escucho las últimas anécdotas del yankee de Filadelfia, en pié sobre el muelle de una estacion en Júpiter, cuando bajamos del barco al caer de la tarde. Esperando la partida del tren, veo á varios negros bajo de un cobertizo, todos empleados de esta línea trabajando y jugando. Sin duda alguna, antes del año pasado no habían visto ninguna locomotora. Hacen rodar grandes fardos y bromean, cantan, se interpelan, se ponen apodos, se

dan palmadas y sin embargo continúan levantando el edificio no concluido aun. Sirve ya para el transporte que está en vía de modificar ese rincón perdido, y de asentar sobre el salvaje conjunto de esta península la primera capa de una civilización. Pero, cuán nueva y cuán frágil es! Hay tantos rincones semejantes en Estados Unidos que los otros, los menos recientes y sobre todo los más seculares, parecen una anomalía.

Lake Worth, 4 de Abril.

Ayer, en la noche ya entrada, llegué á Lake Worth. Aquí recibí una de esas impresiones de contraste como solo puede darlas la América;—un extremo del mundo, un fondo de península muy retirado de las grandes y de las pequeñas ciudades, ni un pueblo, nada de cultivo, eternas leguas de soledad peligrosa é inaccesible.—después y derrepente creado por la fantasía de un propietario de caminos de fierro, se levanta un hotel que es un palacio! Y veo este hotel del que tanto se me había hablado, llenar una punta del horizonte con su masa enorme y luminosa; y más allá de él una amplia sabana donde tiembla el reflejo de un admirable cielo estrellado. El tren se ha detenido á la orilla de este Lake Worth, de ese vasto estanque salado que baña allá abajo á *Palm Beach*, la playa de las palmas, donde está colocado el fantástico hotel. Un barco de recreo, coqueta embarcación de vapor, amueblada con igual é inverosímil fantasía viene á tomarnos y después de dar bordadas, algo al azar, sobre esta agua sombría, para evitar aquí un banco de arena, allí las estacas de un

futuro muelle, se presenta el palacio, tan lujoso cual si perfilase en Nueva York sobre las banquetas de la quinta avenida su peristilo de columnatas. Está iluminado por electricidad y perforado por elevadores. Su pórtico está lleno de hombres y mujeres vestidos de baile que danzan locamente y que tienen la tez quemada por el tórrido sol del día; se ven las estaciones sobre arcilla arenosa, los baños en este Océano tan próximo al que calienta el *Gulf Stream* como el Mediterráneo en el estío. De cuando en cuando una bandada de bailarines viene á respirar sobre la terraza la plácida noche tropical; perezosamente chupan naranjas de que están llenas amplias canastillas por todas partes. Queda impregnado el aire de un aroma azucarado y el viento que pasa por los jardines rueda perfumes desconocidos sobre esta terraza y en este *hall*.

Qué país tan á propósito para ser feliz á la manera de una planta que crece expuesta al sol con indolencia y sin el deseo de estar en otra parte! En la mañana, al abrir mi ventana ví un bosque de cocoteros entre el lago y la casa. Míranse los frutos en medio de las palmas, colgados en racimos y tan grandes como cabezas de niños. Hace un rato andando del lado del Océano, respiré el olor de una selva de rosa-laurel, que atraviesa durante una milla un tranway tirado por un solo caballo. El coche pasa rozando esos hermosos árboles de flores de carne, cuyas ramas no han sido ni aun cortadas por las gentes de aquí, de manera que desgarramos, magullamos esas flores vivas. Pero tan poderosa es esta vegetación que al parecer mañana quedarán reparados todos esos lunares. De esos árboles y de esas yerbas, de los campos de ananas y de los bosques de cocos, se exhala algo como el olor de la germinación, que es á la vez vio-

lentísimo y suave. La mar, al fin de este bosque de rosas-laurel es muy azul. No es ya el salvaje Océano, parece ser la mar del Mediterráneo, la voluptuosa, la penumbra. . . . Pero no viéndolo de más cerca, la hinchazón colosal de las olas revela que es siempre el grande y varonil Atlántico. Sobre ese azur pasa de nuevo la cálida y sombría arteria de Gulf Stream y peces de formas gigantescas juegan en las azules y violentas ondas. Son tiburones. Su presencia no impide que las jóvenes americanas se bañen en esa libre playa. Oigo á una de ellas decir á otra que está vacilante:

¡Go and run your rinsk.—Vamos y corra usted su suerte."

Esta frase encierra toda una filosofía,

Lake Worth, 8 de Abril.

. . . . Todo el día dentro de una barca pescadora, vogando en la vasta laguna interior, con dos negros de los que uno acaba de llegar de las islas Bahamas. Me contó que era inglés y me enseñó una carta en la que se ve un timbre con la efigie de la Reina: *My old Missis*. . . . "Mi vieja señora, . . ." exclamó. Su cara más varonil y más fina que la de la mayoría de los negros, se puso seria al agregar que pertenece en religión á la Iglesia inglesa: *Church of England*.

—"Los ingleses," me dijo, "suprimieron la esclavitud mucho antes que esta nación."

Cuenta que su abuela traída de Africa por un ne-

grero español, fué libertada por una fragata de guerra inglesa y que siempre habla de regresar á su país. La quiere mucho y se regocija á la idea de volver á verla cuando, dentro de algunos días y concluida su estación invernal, pueda retornar á su casa. Es novio desde el otoño pasado y la carta, cuyo sobre enseña, es de su prometida. Pienso, al ver los sentimientos de familia conquistados por la libertad para estos pobres negros, en la mujer negra cuya historia se me contó en Gerorgia. Tuvo veinticuatro hijos de quienes la separaron cuando eran muy jóvenes, para venderlos por aquí y por allí. Después de la guerra de Secesión se puso en camino para encontrar á todos ellos y volverlos á ver; para mirarlos, mejor dicho, antes de morir. No habría realidad tan trágica cual la de la leyenda de Niober, si esa mujer negra tuviera alma! ¿Y por qué nó?

Nuestra barca va andando á lo largo de la costa. El viento hincha el alto y largo trapo. Es un barco ancho y profundo, en donde vino el negro desde las Bahamas hasta aquí y en el que tornará hasta ellas en quince días. Le ha costado trescientos *dollars*. Su pesca en estos mares tan ricos le basta tanto más cuanto que es sencillísima: no necesita sino dos sedales en la parte posterior, que sigan la estelá, con dos anzuelos sin cebo. En el extremo baila la figurita colorida de un pez de esmalte. Esto basta para atraer á los peces vivos. Abundan como en los primeros días del mundo, en este vasto estanque donde no venía casi nadie antes de estos últimos años. Saltan á millares en nuestro derredor, crispando su flexible y blanco cuerpo fuera del agua que se extremece. Los cuentos sobre los cocodrilos y las serpientes de cascabel son ahora reemplazados con los recuerdos personales en las conversaciones del pescador. Son

fantasmagóricas,—pero sin embargo en menor grado que la inscripción que vi sobre un estanque en el hotel: "*Pet vatgrs! dont shoot!* Cocodrilos más lindos! no les tireis!

Empujados por la brisa llegamos á un plantío que deseo visitar. El personaje tosco que me recibe es un irlandés de Cork. Representa cincuenta años. Sus ojos se desprenden, á causa de su rara claridad, sobre su cara que se ha conservado enteramente pecosa á pesar del clima,—ojos claros, de color casi verde en su azul, peculiar á los Celtas de esa isla. Un enorme sombrero de paja sobre sus cabellos grises, una camisa abierta enseñando su velludo pecho, pantalón sostenido por un cinturón de cuero del que cuelga una pistolera, toscas botas para andar entre las malezas sin temor de las serpientes,—he allí todo su vestido. Está aquí desde hace diez y seis años. Y á consecuencia de qué proceso político? No lo dice, aunque refiere que estuvo muchos meses preso en Dublín. La pasión por la vida silvestre le arrastró hasta este rincón de la Florida, que entonces estaba terriblemente solitario y vacío. En él cultiva frutos y legumbres. Sus peones acomodan en cajas, para expedirlas á Filadelfia, tomates que tienen el sabor de los albróchigos. En su plantío germinan y prosperan por todas partes, los cocos, los guayabos y veinte esencias de arbustos especieros. Se habría enriquecido si no fuera porque todos sus envíos llegan á su destino medio desvalijados por las gente de las vías férreas y de los barcos. Y el conspirador, con todo, extraña mucho á Irlanda. Lo advino en su entonación, cuando me habla y al saber que he viajado por ella. Los brumosos cielos del condado de Clare, los húmedos céspedes del Poenix-Park, la melancolía de los lagos de Rillarney, susti-

tuyen por un momento ante su mirada soñadora, los brillantes cielos, las opulentas verduras y las tibias aguas que nos rodean.

Evocamos nuestros comunes recuerdos sentados sobre un tronco de palmera caído, mientras un negro, para nuestro refresco, rompe á hachazos la cáscara de una nuez de coco que escogió sacudiéndola junto á su oreja para saber si estaba llena de agua. El recuerdo de las escenas que me imaginaba cuando era niño, á través de los países de Robinsón, vino á mi pensamiento y durante estos rápidos instantes realicé lo que constituyó el atractivo hechicero de todo este país, en los primeros tiempos de su descubrimiento, la especie de poesía idílica disfrutada de súbito sobre una tierra sin poseedores con la nostalgia de la Europa á quien se abandonó para suavizar, para ablandar el asperísimo sabor de este feroz animalismo. Hoy falta aquí lo que acababa de exaltar al colono de antes, tanto así está formado el hombre para desarrollarse por la acción y en la acción, la semi-embriaguez del peligro que está siempre cercano.

Lake Worth, 7 de Abril.

Mañana, al despuntar el día, voy á dejar el oasis adorable de estos jardines que se extienden entre el lago y el Atlántico, para ir á Nueva York y desde allí en otro de los *lebreles de la mar*, á Liverpool y á Francia. Pero antes de partir quisiera trascribir entre estas notas, una breve y trágica historia que me contó uno de los propietarios de cortijo de Lake Worth, un antiguo industrial del Ohio, apasionado

por el *yachting* y por la pesca, especie de gigante blondo con músculos de pugilista y que habita una casa de madera traída del Norte en piezas numeradas: Se entretenía en capturar tiburones, tendiendo sobre la playa del Océano un sedal, tan grueso como un cable, con un verdadero harpón en su extremo y al que amarraba como cebo, enormes pesos enteros. Le fui presentado, según la moda americana, por uno de mis compañeros de mesa en el hotel y siempre me había manifestado siguiendo igual costumbre, el espontáneo calor hospitalario que es uno de los más encantadores rasgos del carácter nacional. Acababa de referirle mi visita al plantío del Irlandés y la impresión que aun conservaba de ella, la de que era un hombre absolutamente refractario á la molición del medio en que vivía y que estaba preocupado siempre por la única Irlanda. Se entabló la conversación sobre esa raza excitable y violenta, sobre sus virtudes de patriotismo invencible, y sobre sus crueldades en la venganza. La anécdota con que ilustró, por decirlo así la psicología del Celta, me probó cuán equivocado estaba cuando creía que el estremecimiento del peligro faltaba entre las sensaciones producidas por este paisaje de los trópicos, y la reproduzco tal cual me fué contada, rogando al lector que se imagine como escenario un camino á la orilla del lago, entre rosas laurel, una sabana de agua teñida de color malva, donde saltan peces plateados y dorados, donde nadan cangrejos tan semejantes á tortugas y que tienen una pinza que sale de su boca, como una espada. Son los *horse-shoe crabs*, los cangrejos de forma de herradura. Pasa un negro arrastrando en la punta de un cordel una víbora de cascabel. Acaba de matarla y ya ha vendido el cascabel de la cabeza que se vé ensangrentada sobre la

arena. El cielo se colora con llamas que tifen de púrpura las velas de los barcos y el *yachtman* de Ohio con fuerte y *well* gangueo, se expresa de este modo:

—“Estaba yo en mi primer año de estancia en este lugar,” empezó á decir, “que entonces era mucho más desierto que en el día, aunque los trabajos para levantar el hotel estaban comenzados ya, y aunque todas las familias de los obreros vivían en los alrededores de los cimientos, en casas construidas al igual de las que ha visto usted á lo largo del tramway. La choza que era propiedad mía era lo mismo, y yo pasaba como ahora días enteros, y á ocasiones semanas, sobre el agua. Entonces la pesca era mejor; los pescados sienten al hombre y huyen como lo hacen los cocodrilos. No es el peligro el que los ahuyenta, es el ruido. Solo las víboras no se ahuyentan. No hay un año en que no me maten dos ó tres perros. Los muerden en el hocico y es asunto de una hora cuando más. Cazo menos por temor á esos animales. Pero en esa época tenía todo el fervor por el *sport*, tanto más cuanto que á veinte millas de distancia había bosques llenos de osos morenos con el pecho amarillo. El camino de fierro los ha hecho emigrar.

“En esos días, y para poder comenzar mi caza á la madrugada, dormía en mi barca que amarraba en un ancón segurísimo, en cuya orilla se extendía una plantación enteramente igual á la que acaba usted de visitar ayer. Vivía allí un hombre, un blanco, servido por algunos negros. Se hacía nombrar M. Shaw y pasaba por ser americano del Norte. Apenas diez minutos platicué con él, cuando ya había yo conocido que era irlandés. Dos cosas no pueden quitarse estas gentes: primero, sus ojos, y luego su

manera de pronunciar determinadas letras: la *i* y la *r*. Que se les haga decir una palabra que contenga el sonido *i* (*ai*) y no pueden decirla; pronuncian *oi*. ¿Por qué disimulaba su nacionalidad? Es esta una pregunta que, como no me interesaba, nunca me formulé. Nosotros los americanos tenemos una cosa buena, y es que jamás tenemos en cuenta el pasado de las gentes. Creemos que el hombre no es nunca demasiado viejo para volver á empezar su vida, y no vamos á buscar en lo que fué lo que pueda estorbarle para ser lo que es ó lo que deba ser más adelante. Pensaba, pues, que M. Shaw se había comprometido en alguno de esos innumerables atentados que se han cometido en Irlanda, y que se ocultaba para estar en paz, esperando volver á empezar. Y de ello no me hubiera ocupado ni por un momento si él no hubiese estado poseído por la singular manía de conducir siempre la conversación sobre la muerte violenta. Aún oigo que me dice, con su voz algo enronquecida, frases como esta:

—“¿Sabe usted que en este Estado el asesinato queda casi impune? Ha habido seis asesinatos en los dos últimos meses. Los homicidas han sido absueltos todos. El juez se ha vendido con el último por tres *dollars*. . . . ¡Qué policía, Dios mío, qué policía!”

O bien, á propósito de una noticia sensacional publicada en un periódico cualquiera:

—“¿Cree usted que descubrirá la policía la verdad en este crimen? No se tiene seguridad ninguna con estas negligencias! Y sin policía no hay trabajo”

Diciendo coloquios parecidos, que por su constante repetición revelan la obsesión de la idea fija, M. Shawn me veía con sus ojos claros, con una mirada

que se esquivaba, que, por mejor decir, se quebraba cada vez que se encontraba con la mía frente á frente. En el profundo fondo de sus pupilas de azul metálico, había continua ansiedad, como si el sentimiento de un peligro le sacudiese sin descanso con un temblor de miedo. A veces se hacía tan intensa esta ansiedad, que palidecía en medio de uno de sus discursos sobre los asesinatos y los asesinos. Pero era por solo un instante; la sangre volvía inmediatamente á colorar su roja cara, en la que apuntaba un pelo muy corto, la barba de un hombre que se ha rasurado los carrillos y los labios hasta más allá de los treinta años. El tenía cuarenta. Y yo decía en mi interior: “Hijo mío, tú bien quisieras hacerme creer que tienes mucho amor a la policía para que yo no crea que le tienes miedo. No piensas sino en ella, mejor harías callándote. . . .” Si, estos eran los consejos que le dirigía mentalmente, pues no me cuidaba yo de averiguar más. Era político, amable y además un tirador de primera fuerza; podía dejar mis armas en su casa y mis perros para que durmiesen bajo su techo con perfecta seguridad. Y además, que yo tengo la vieja sangre del *outlaw* en las venas. Siempre he creído que la mejor de las justicias es la que uno se hace á sí mismo; y aunque M. Shaw hubiera matado á cualquiera infame *landlord* en uno de los caminos del Connemara ó del Donegal, no por eso me parecería más culpable su acción que los linchamientos á que se entregan mis compatriotas de cuando en cuando. No es eso muy legal, pero es muy saludable. . . .”

—“Además,” continuó, después de haber esperado una objeción que no le hice, “cuando los americanos quieren sorprender á un europeo, este no tiene más que hacer que callarse. Es la mejor respues-

Por tanto, me puse frente á él con mi revólver en la mano.

—“Tampoco le dejo ir á usted” le dije, “antes de saber cómo lo han herido, y por qué quiere usted irse de este modo. . . . Usted se queja siempre de que no hay seguridad en este país. Seguramente habría más, si cada quien cumpliera con su deber y yo cumplo con el mío, deteniendo á usted. . . .”

—“También tiene usted razón,” me dijo mirando hacia la puerta con creciente terror. “Pero, apague usted la vela, se lo ruego” antes de que hubiese yo tenido tiempo de evitarlo, había soplado sobre ella. “Y hable usted quedo. . . . Ah! . . .” insistió con desesperación, “bien se conoce, la verdad es que usted me toma por un asesino. . . . No lo soy, á mí es á quien quieren asesinar. . . . Y si lo logran mi sangre monchará sus manos.”

—“Pero quienes?” le pregunté de nuevo, conmovido á pesar mío.

—“Los de la Land Lague” respondió sin reflexionar esta vez en sus palabras, “soy irlandés” continuó, “y he sido uno de ellos. Me han condenado á muerte. Hace ocho años que me les escapo. Hoy me han encontrado. Sálveme usted ahora si usted quiere. . . .”

—“Billy” grité á uno de mis negros después de un momento de vacilación “prepare usted el barco” Sabía yo que este hombre no mentía.

“Ni aun las gracias me dió. En la semi-obscuridad de la noche le veía recoger todos los sonidos del exterior tendiendo la cabeza y aplicando sucesivamente sus oídos. Cuando dejé de hablar se dejó caer sobre una silla. Otro de los negros fué y le trajo un poco de agua y wiskey que bebió ávidamente. Yo no pensé ya en averiguar la veracidad de sus palabras.

Sus terrores me habían sobrecogido. No pasó un cuarto de hora entre el momento en que di la orden y el en que Billy vino á decirnos que la barca estaba lista. Este tiempo lo ocupé en tomar algunas provisiones necesarias para comer, para taparnos y para curar al herido. Por su reputación, sabía yo lo implacables que son los conspiradores irlandeses. Para haber venido á sorprender á M. Shaw hasta el fondo de esta península, era preciso que dieran á su muerte una extrema importancia. Cuál era el motivo? Lo sabría más tarde. Lo que importaba era salvarle.

Salimos del cortijo con toda precaución. Yo abría la marcha con el fusil en la mano. Seguía M. Shaw, después Billy y al último el negro encargado de los paquetes. Desgraciadamente, la luna llena iluminaba nuestra formación indiana. Recordará usted que cerca de la abra donde amarro mis barcos, hay una especie de *log house* que contornea el camino del bosque. El instinto de la desconfianza me hizo abandonar este camino para escudriñar el terreno que rodea á la cabaña; de modo que el susodicho M. Shaw era quien iba á la descubierta. Al verme desaparecer se detuvo y en el mismo instante un disparo venido de lo alto, casi á boca de jarro, le tendió muerto y la forma de un hombre brincó del techo de la choza y huyó entre los breñales. Nos había acechado, tendido allí. Fué tan rápido ese ataque, que ni siquiera pensé en servirme de mi arma. Pero Billy había apuntado con la srya y disparado sobre el asesino. Oímos un grito de dolor.

—“Está herido.—dijo el negro—Espérenme ustedes diez minutos y le encontraré. . . .”

“No conoce usted, señor, la perfección de los sentidos de estos muchachos, y ni yo mismo me doy cuenta, después de tantos años, de la especie de ani-

malismo que les ayuda para llevar á cabo pesquisas como esta. Apenas habíamos tenido tiempo para llevar el cuerpo de M. Shaw hasta la cabafia, después de habernos cerciorado de que estaba bien muerto, cuando el llamamiento de Billy nos advirtió que había realmente encontrado al hombre. Nos le reunimos y lo encontramos acurrucado junto al cuerpo del desgraciado á quien apuntó perfectamente. La bala había entrado entre las espaldillas y había salido sesgando el pecho. El asesino arrojaba sangre á bocanadas é iba á morir. Sin embargo, tuvo bastante fuerza cuando estuve junto á él, para mirarme con mirada de desprecio y de odio, que tendré presente toda mi vida, y para decirme:

—“Ha vengado usted á un traidor....”

.....
—“¿Y usted nunca ha sabido algo más sobre esa traición?” pregunté á mi vez, viendo que el narrador callaba.

—“Nunca,” me respondió. “Enterramos á los dos cadáveres, uno al lado del otro y eso fué todo. Ah! me olvidaba: en la misma noche la casa de M. Shaw fué incendiada por manos desconocidas. Sus criados huyeron. Aquellos á quienes se pudo arrestar al día siguiente, declararon que habían sido atacados por varios hombres enmascarados. Pero eran negros y, ¿cómo podía saberse por ellos la verdad? A ocasiones son valientes, pero á veces basta un solo hombre blanco para hacer huir á veinte. En algunas ocasiones son fieles y en otras por un *dollar* dejan asesinar á usted sin voltearse! Me falta agregar un detalle cuyo análogo encontrará usted en todos los atentados agrarios en Irlanda: todos los animales del traidor, diez puercos, cuatro vacas y un caballo, tenían las ventanas de la nariz y una pata cortadas....”

XI. EL REGRESO.

En la mar á bordo del.... Abril de 1894.

.... Quince días más en Nueva York para clasificar mis notas, comprobar algunas, volver á mirar cosas ya vistas antes, conversar con personas conocidas ya, y por último para decir adiós, no sin melancolía, á esa tierra llena de atractivo, pues se respira en ella, en todos los instantes, el aire de la libertad,—y héme aquí otra vez sobre el Atlántico á bordo de un *paquebot* que en esta ocasión es inglés y de mayor andar que aquel en que pasé la mar—*crossed the pond*, como dicen familiarmente los yankees,—cuando vine en Agosto del año pasado. Dejamos á Nueva York el sábado en la mañana, hoy es miércoles; mañana jueves estaremos en Queenstown, en Irlanda y pasado mañana, viernes, llegaremos á Liverpool. Cuando luchan unos con otros los anglosajones, la fuerza de su competencia no conoce imposibles. El otro navío aforaba 11,500 toneladas, este afora 13,000. Las máquinas del otro tenían una fuerza de 20,000 caballos de vapor, las de este tienen una potencia de 30,000. El primero tenía una longitud de 580 piés, la de éste es de 620. Y así como en aquel estaba uno en plena América, así también en este se está ya en la Inglaterra. Se reconoce en veinte signos insignificantes: en la política y en la exactitud del servicio, en el aspecto algo sombrío y pesado de los salones, que no ostentan la fastuosidad bri-